

UNA HABITACIÓN EN HOLANDA

Paisajes narrados, 47

Pierre Bergounioux

Una habitación en Holanda

Traducción de David Stacey

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Une chambre en Hollande*

© Éditions Verdier, 2009

© de la traducción: 2011 David Stacey

Revisión: Alcía Ferran

© 2011 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2011

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © Auke Holwerda

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de Culturesfrance/Ministère français des Affaires étrangères et européennes. Esta obra se ha beneficiado del apoyo de los programas de ayuda a la publicación de Culturesfrance/Ministerio francés de Asuntos Exteriores y Europeos.

Ouvrage publié avec le soutien du Centre national du livre.

Obra publicada con el apoyo del Centre national du livre.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics, sl

ISBN: 978-84-95587-78-7

Depósito legal: B-19.329-2011

Printed in Spain

Los Países Bajos solo adquirieron un carácter de realidad palpable, efectiva, con la reciente instauración de relaciones regulares, ratificadas por las primeras instituciones europeas. Antes, flotaban en ese nebuloso segundo plano en el que estuvieron, durante largo tiempo, las tierras no limítrofes. Los países, los pueblos que conocemos bien son aquellos que nos afectan directamente, aquellos cuya influencia, ambiciones, poder han sido, para nosotros, durante dos milenios, una amenaza continua, una incitación permanente a pensar, a actuar.

El nerviosismo del temperamento nacional no tiene otra causa. Las posiciones intermedias son incompatibles con el reposo, con la tranquila perseverancia en el propio ser, con la reserva. La situación del país, entre el norte y el Mediodía, los Alpes

y el Atlántico, lo ha expuesto, desde el comienzo de los tiempos históricos, en Europa, a los proyectos interesados de todos sus vecinos. Lo único que ha hecho, desde entonces, es intentar salvaguardar algo de sí mismo. Su fracaso lo llevó a refugiarse en el universalismo abstracto, esa ficción que se esfuerza en hacer pasar al género humano y a él mismo por la realidad.

La historia, como acontecimiento y memoria escrita, le viene de fuera, y es del sur de Europa de donde procede, del Mediterráneo, en el que la civilización antigua, es decir, la ciudad costera y su invento capital, la escritura, se desarrolló. Poco antes del advenimiento de la era cristiana, la *Galia cabelluda* duerme todavía con los ojos abiertos, en la penumbra crepuscular de sus bosques. Hombres de gran cuerpo blanco —galo vendría de *galata*, leche—, «habladores terribles», según Michelet, cultivan los claros del bosque de cuyos árboles cuelgan, para complacer a su dios Esus, cuerpos desmembrados. Otras divinidades, Tutatis, Taranis, sienten preferencia, la una por los ahogados, la otra por las víctimas abrasadas en el interior de un maniquí de mim-

bre. Los druidas dispensan una enseñanza oral de la que nada se sabe puesto que no fue escrita.

Roma, que ha conquistado el contorno del Mediterráneo, vuelve la mirada hacia las tierras interiores. El fundamento económico de la Antigüedad es la esclavitud. La fuerza de trabajo pertenece a los poderosos. Para procurarse esclavos, hay que hacer la guerra. Como están hacinados en barracones, sin mujeres y, por lo tanto, sin niños, se extinguen sin descendencia, y como, además, los malos tratos que les infligen acortan sus días, hay que ir cada vez más lejos para reponerlos. En ese momento, la legión romana es la máquina de guerra más poderosa de la tierra. Ha vencido a Cartago y sus elefantes, a las belicosas ciudades del Peloponeso, al ejército del faraón. Los patricios romanos proporcionan los capitanes que llevan al infatigable campesinado del Latium, formado en cohortes, a la conquista del mundo.

Hacia el año sesenta antes de Cristo, un retoño de la *gens* Iulia, devorado por la ambición, estima que nada favorecería más sus planes que la anexión de la Galia. A unas dotes excepcionales suma la del disimulo. Compone un personaje que es todo

exterioridad, artista y disipado, poeta y gramático, inconsecuente. Engaña a todo el mundo salvo a Sila, el tirano, que lo exilia, a los veinte años, a Asia. César vuelve tras su muerte. Deslumbra a la plebe a golpe de dádivas, se hace cuestor, edil curul, *pontifex maximus*, tiene, durante un tiempo, que protegerse del Senado, tras el fracaso de la conjura de Catilina, se alía, en secreto, con Craso y Pompeyo. Más secretamente todavía, maniobra para desacreditar a este último ante el pueblo. Mientras Pompeyo guerrea en Hispania y Craso contra los partos, cerca de Persia, donde perecerá, César obtiene el proconsulado de la Galia Transalpina e Iliria. Es entonces, en el año 58, cuando comienza el agitado período que concluirá, dos mil años más tarde, con la liberación de París.

De la Galia de entonces no sabemos prácticamente nada. La pueblan noventa tribus, divididas por continuas querellas. Pocas ciudades, y de mediotre importancia, muy incómodas, pero por todas partes, en las alturas, verdaderas fortalezas para protegerse contra las episódicas intrusiones de los germanos. La más reciente, en el año 62, es la de Ariovisto, rey de los suevos, que respondió a la llamada de au-

xilio de los sécuanos contra sus vecinos heduos. César no pierde el tiempo. Apenas llega, presta una ayuda interesada a los heduos, cuyo territorio se disponían a atravesar los helvecios, que marchaban hacia el océano. Manda a Ariovisto de regreso a casa, en Germania. El año siguiente va al encuentro de los belgas, en el río Sambre, ya que ha emprendido la conquista con un movimiento circular que lo lleva al norte del país. El asunto empieza bastante mal. Los galos —atrebates, nervios y viromanduos— esperan a que el ejército romano haya comenzado a instalar su campamento a orillas del Sambre para abatirse sobre él, desde la otra ribera, donde se habían escondido bajo los árboles. «César —escribe César— tenía que hacerlo todo a la vez; izar el estandarte de combate, hacer que la trompeta diera la señal, llamar del trabajo a los soldados, mandar a buscar a los que se habían alejado para buscar materiales de fortificación, formar al ejército para la batalla, exhortar a los soldados, dar la señal de ataque.» Nada tan apropiado como la concisión del latín para recrear «la brevedad del tiempo» de la acción. Numerosos legionarios combaten sin haber podido

ponerse el casco ni haber sacado el escudo de su funda. La densidad de la vegetación impide tener una vista panorámica, hacer entrar en combate oportunamente a las reservas. Atrebates y viromanduos son rechazados hacia el Sambre, degollados en el agua. Pero los nervios, liderados por Boduognato, aprovechan una brecha, abierta a la izquierda, para entrar en el campamento romano, provocar la huida de sus ocupantes, criados, honderos númeridas, caballería, que llevan a todas partes la noticia de que la batalla está perdida. César exhorta a la décima legión para que contraataque y luego se dirige al flanco derecho donde la decimosegunda, rodeada por todas partes, se encuentra en una situación muy delicada. Los centuriones y el portaestandarte de la cuarta cohorte están muertos, hay numerosas bajas y heridos en las otras y ningún refuerzo que esperar. César, con la decisión que su propio nombre indica, se apropia un escudo y avanza hasta primera línea, donde grita, uno a uno, los nombres de los centuriones supervivientes. ¡Que abran filas para que los soldados puedan utilizar sus armas con más libertad! Cada uno, bajo la mirada del general en jefe, se afana en dar lo

mejor de sí mismo. César manda a la séptima legión, también rodeada, que se acerque a la duodécima, y su orden es ejecutada. La décima, que ha liberado el campamento, se suma a ellas. Los galos sucumben en masa. Los últimos trepan sobre los cadáveres de sus compañeros para lanzar, desde lo alto de esos montículos humanos, su jabalina, antes de ser alcanzados también ellos. La noche que sigue a la batalla, de seiscientos solo quedan tres senadores galos y, de sesenta mil, no más de quinientos hombres en estado de portar las armas. La baja estatura de los romanos ya no es, para sus altos adversarios, llenos de jactancia, objeto de sarcasmo.

Serán necesarios siete años, y no seis, como se dice a veces, para completar la conquista. Vercingétorix capitula en el 52 en Alesia. El año siguiente, lemovices y cadurcos se atrincheran en las alturas de Uxellodunum —Puy d'Issolud, hoy al sur de Brive— pero enseguida se ven obligados a rendirse por cuanto los romanos, expertos excavadores, cortaron la fuente que alimentaba de agua la plaza. César, por única vez en su carrera, hace cortar la mano derecha a los vencidos, en vez de enviarlos como esclavos a

Italia. El muñón dará fe, sin palabras, de que nada resiste a la voluntad de Roma.